E586 Jun-Sept 2003 Nº 28

editorial

Con mucha frecuencia, cuando se plantean los grandes problemas de las sociedades pobres y subdesarrolladas, se alude a las condiciones de marginación y exclusión que en la totalidad de las actividades de estos conglomerados humanos, se repiten hasta la saciedad en sus formas de vida y en la conducta de sus integrantes. Estar marginado significa "encontrarse al margen de" o "fuera de"; el concepto de exclusión implica "que no se forma parte de" o "la no pertenencia" de una realidad global o parcial, de la que se debería formar parte por el derecho propio de integrar una comunidad social, económica y política, pero especialmente humana.

La exclusión y la marginación se manifiestan en la carencia de una igualdad de oportunidades, en la incapacidad de expresarse políticamente, en la injusticia de hecho y de derecho que privilegia el poder de los grupos económicamente poderosos, en no tener acceso a una simple oportunidad de educación, en estar fuera de la cobertura del sistema de salud, en la diferencia de género, de raza, de elección religiosa y sexual, a diferencia de los modelos de vida y de actitudes en las sociedades de mayor civilización.

No puede ignorarse la existencia de estos fenómenos en otras sociedades: marginadas han estado, por años, las comunidades de negros y de indios pieles rojas en los Estados Unidos; también los musulmanes en países en donde predominan otros credos religiosos, marginados son las llamadas "minorías" shiitas y sunitas, los curas casados, los homosexuales y las que con toda decencia burguesa, se califican hoy en día como trabajadoras del sexo. En los horrores de la Segunda Guerra Mundial, en el seno de sociedades supuestamente civilizadas, fueron marginados y exterminados millones de seres humanos por el solo hecho de ser judíos. En fin, marginados y excluidos están los migrantes ilegales salvadoreños que se refugian en las ciudades norteamericanas.

La marginación y la exclusión son, a nuestro juicio, la otra cara de la moneda de las sociedades desiguales. En un sentido directamente proporcional, mientras mayores sean los problemas de desigualdad cabe esperar mayores manifestaciones de exclusión y marginación. Helio Jaguaribe expresa que la desigualdad en el interior de una sociedad determinada es un fenómeno que, "siguiendo el proceso de diversificación, complejidad y especialización de los papeles sociales, obedece fundamentalmente a dos factores: uno de carácter económico, y el otro, de carácter político". El modelo ideal de sociedad es entonces, la que Juaguaribe denomina una sociedad no represiva, que se caracteriza por los tres elementos siguientes: a) la indiferencia a la acumulación de bienes, b) la indiferencia a la acumulación de poder y c) la motivación igualitaria y el ethos social-humanista.

La sociedad salvadoreña tiene una alta dosis de marginación y exclusión social, construida por una permanente actitud de marcar diferencias, insalvables y radicales: ricos y pobres, los niños "bien", las buenas familias, los que tienen y cuentan, los de arriba y los de abajo, los "cairudos" a diferencia de los que usaban zapatos, las mengalas, los de los "multifamiliares". Toda una rica variedad de agrupamientos marcados por diferencias de clases, riquezas, educación y privilegios. En el campo político, las clasificaciones no son menos: los demócratas y los comunistas, los subversivos, los sindicalistas, las derechas y las izquierdas, los patriotas y los vende patrias, los nacionalistas y los seguidores del régimen cubano.

En la presente edición se persigue hacer un examen del fenómeno de la exclusión social en nuestro país, considerando sus diversas facetas. Son artículos escritos por los investigadores de la Vicerrectoría de Investigaciones, haciendo énfasis en uno de sus múltiples aspectos: el primero se refiere a la Exclusión Social en El Salvador, escrito por Norma Molina; Godofredo Aguillón, presenta una visión sobre la Exclusión Económica, haciendo consideraciones puntuales sobre la realidad del país; Elsa Ramos, aborda el problema de la exclusión social reflejada en la atención de la salud; José Ricardo Gutiérrez, centra su trabajo en la familia salvadoreña, como víctima de la exclusión; y José Miguel Amaya, cierra la edición incursionando en la relación entre educación y exclusión.

Comprendemos que la temática está muy lejos de haber sido agotada, pero es un esfuerzo por entrar en un tema que, además de profundo y complejo, está revestido por el tabú hacia estos ámbitos, que produce cosquilleos a una sociedad generalmente hipócrita y reticente para aceptar algunas de sus enfermedades. No es de extrañar que hace algunos pocos años, las "familias de bien", consideraban una afrenta que se supiera que algunos de sus miembros padecieran de tuberculosis, un mal de pobres, como si no fuera una enfermedad como otra cualquiera.

Aceptando de antemano las limitaciones de este esfuerzo, no se duda que las reflexiones y la información contenida en los diferentes artículos proveen de insumos importantes para los estudiosos del tema.